

JOAN SALVAT-PAPASSET

Humo de Fábrica



Un prólogo para *Humo de fábrica* había que escribirlo aquí, en la cárcel, había de venir el autor a buscarlo a este establecimiento, a este inmenso hospital de almas, a este vasto almacén de angustias.

Las fábricas también son presidios. Presidios industriales se las llama. Las fábricas son casas de hombres de pena y de penas, reclusorios de condenados a trabajos forzados.

Ángel Samblancat, escritor revolucionario

Prisión de Barcelona, febrero de 1918

INTRODUCCION

EN TORNO A «HUMO DE FABRICA» Y A JOAN SALVAT-PAPASSEIT

Este libro que hoy presentamos es una obra sorprendente y curiosa por muy diversas razones que intentaremos exponer a lo largo de este trabajo.

«Humo de fábrica» fue publicado por la editorial «Galerías Layetanas», de Barcelona, en el año 1918. Llevaba un prólogo del «escritor revolucionario» Ángel Samblancat. Desde entonces no se ha vuelto a publicar y ha sido objeto de búsqueda por parte de estudiosos y bibliófilos durante todos estos casi sesenta años que han transcurrido desde su publicación. No obstante, hay que convenir que posiblemente de no haber sido su autor Joan Salvat-Papasseit nadie se ocuparía de esta obra, de la misma manera que nadie se preocupa de libros similares o de artículos parecidos a los que se recogen en este volumen. Un ejemplo: los libros del recién citado Ángel Samblancat, compañero ideológico de Joan Salvat-Papasseit, aunque para mayor veracidad habría de hablarse de mentor de nuestro gran poeta proletario, amigo y, posteriormente, colaborador de Salvat-Papasseit en alguna de las empresas llevadas a cabo por éste, permanecen en el más negro e injustificado de los olvidos, como tantos otros intelectuales comprendidos entre 1910 a 1925 y que confiamos que algún día nuestros historiadores revalorizarán^[1].

Dada la importancia de Joan Salvat-Papasseit como poeta dentro de la literatura catalana, es lógico que nos interese por todo aquello que llevó a cabo y, por extensión y de un modo muy particular, por este libro, ya que viene a ser el resumen de su ideología, de su cosmovisión y de su interpretación de la historia contemporánea.

Pero antes de seguir adelante quisiéramos ahora citar el último artículo que hasta ahora ha dedicado el gran crítico Joan Fuster a nuestro poeta. Un artículo en donde se hace un espléndido resumen de una extraordinaria lucidez y, además, se analiza cuál es la verdadera aportación de Joan Salvat-Papasseit: «Nadie con dos dedos de frente se atreverá a negar que Joan Salvat-Papasseit es uno de los más grandes poetas catalanes del siglo XX y de todos los siglos de la lengua catalana. Pero tampoco ocurre a menudo que alguien lo diga así, de manera taxativa y como Dios manda. Ni siquiera sus compañeros de "generación", que fueron amigos suyos, y que de vez en cuando le dedican adornados y fugaces recordatorios, no se atreven a afirmarlo con todas las letras. Pues sí, Salvat-Papasseit es uno de los poetas excepcionales de que disponemos. Le han querido discutir que fuese "vanguardista", y tanto da que lo fuese como si no. Al fin y al cabo, eso del "vanguardismo" era una moda y las modas pasan, pero los poetas quedan. Ciertamente, Salvat aprovechó las veleidades más gráciles: el juego tipográfico del caligrama, de las letras grandes, de las roturas de espacios en un página y la mitología de las máquinas, de la electricidad, de la aventura inédita. Quizás él sólo veía en ello un estímulo de entusiasmo y supo extraer de todo ello un alegre rendimiento. Pero éste era "un" Salvat. Hay otros, muchos otros. Había un Salvat que "poetizaba" una gloriosa y constante convocatoria al jubileo exultante de la carne. El amor, en sus versos, tiene siempre una pulsación jovial, inocente y abrupta, hecha de impacencias y seguridades que parecen resolverse en el momento justo en que la palabra encuentra su raíz en el orgasmo. El

“amor”, desde Ausiàs March hasta Caries Riba, y antes y después, había sido literariamente, entre nosotros, un trámite retórico o conceptual: Salvat-Papasseit lo redimía y lo retornaba a su evidencia más pura, sin pecado y sin coartadas. Y al lado del fervor erótico se encuentra el trabajo, los oficios, el ansia cotidiana de la gente humilde (“y tan pobres como somos”)[2].

Como señala, a nuestro entender muy acertadamente, Joan Fuster, hay muchos «salvats» dentro de la personalidad de Salvat-Papasseit. Esta extraordinaria riqueza y diversidad de epifanías hace que el poeta dé pie a muchas interpretaciones y que haya sido punto de muchas operaciones de recuperación a lo largo de estos últimos años. La luminosa figura de Salvat-Papasseit tiene, a nuestro entender, dos posibles paralelos en las literaturas vecinas: Miguel Hernández en la castellana y Arthur Rimbaud en la francesa. Lo une a Miguel Hernández su extracción proletaria y el haber sabido asumir esta procedencia una vez, uno y otro, admitidas (más Hernández que Salvat) por la cultura burguesa dominante en las épocas en que uno y otro vivieron. También tienen puntos de contacto porque ambos usan la última esencialidad de la poesía, ya que saben encontrar la sencillez de los ambientes humildes y convertirlos en materia poética y se atreven a cantar el amor carnal en toda su plenitud. Con Rimbaud lo uniría su capacidad de intuición de la raíz reveladora de la realidad que tiene la verdadera poesía, y por esa extraña capacidad de tono poético que sólo se da en algunas raras y extrañas ocasiones y que una vez se ha producido, parece que al poeta no le queda otro camino que la muerte o el abandono del cultivo de la poesía.

Cuesta creer que habiendo vivido sólo treinta años (desde 1894 a 1924), Salvat-Papasseit haya sido capaz de hacer una obra tan intensa y tan esencial. Da la impresión de que en el corto tiempo que se le dio sobre la tierra, y a pesar de la enfermedad que le carcomió, supo vivir la vida con la

misma fuerza y con la misma capacidad de entrega que si hubiera vivido ochenta años o más. No olvidemos que algunos de sus amigos, Josep Vicenç Foix, Emili Eroles, Tomàs Garcés, Joan Alavedra, hoy, afortunadamente, todavía viven y los que se han dedicado a la creación verbal han podido cultivar el hecho literario en toda su extensión y plenitud. Pues bien, lo que los otros han hecho en más de sesenta años, Salvat-Papasseit lo llevó a cabo en diez o doce, y esta capacidad de aprehender el mundo y darle una visión personal y dolorida produce un riquísimo y seductor fruto y, a la vez, lleno de extrañeza y de toda clase de sorpresas.

Pero volviendo al libro que nos ocupa, quisiéramos decir que nadie se había atrevido a publicarlo durante el período franquista. Hay que decir que Salvat-Papasseit ha sido uno de los odios más fuertes de la censura franquista. Todavía hoy no se han publicado en Catalunya sus obras completas, ni existe siquiera una edición de su poesía verdaderamente completa. La edición que más se aproxima a una posibilidad de poesía completa es la de Ediciones Ariel, publicada en 1962, que deseando reunir toda su obra, tuvo que limitarse en titularla sencillamente «Poesies». Por toda una serie de extrañas razones esta obra, a pesar del éxito obtenido, no ha vuelto a reeditarse. En el año 1976 salió una edición pirata de este libro, con la inclusión de algunos poemas que no se encontraban en el original. Conviene ahora recordar que en la edición de 1962 se publicaban dos estudios: «Esbós per a una biografía de Joan Salvat-Papasseit», de Tomàs Garcés, y una «Introducción a la poesía de Salvat-Papasseit», debida a Joan Fuster, o sea que coincidían en este libro los dos escritores (ensayistas y poetas al propio tiempo) que más han hecho por dar a conocer la obra de Salvat-Papasseit, escritores que se sitúan en dos posiciones ideológicas bastante antagónicas y que dan pie a dos líneas fundamentales de interpretación de la olvidada y silenciada obra de Salvat-Papasseit.

Pero si bien la obra catalana de Joan Salvat-Papasseit ha sufrido silencio, olvido y persecución censorial, la obra de nuestro autor escrita en castellano ha padecido un olvido todavía más descarado y cruel.

Tal vez ha llegado el momento de decir que Salvat-Papasseit es un pésimo escritor en castellano y cuando emplea la lengua castellana, que no es su lengua materna sino la de la escuela o la del Hospicio donde se educó y la de los libros en que se formó. Traduce siempre, de una manera precipitada, del catalán y su prosa se tiñe de un subcastelanismismo y subcostismo. Herencia, por otro lado, de toda una interpretación equivocada del hecho literario que se dio en Castilla prácticamente durante toda la mitad del siglo XIX y en la cual encontramos dos representantes (si lícitamente podemos emplear esta palabra para referirnos a la obra de los autores que ahora citaremos) en Núñez de Arce y José de Echegaray. Existe otra referencia paralela a la que nos referimos: se trata de Joan Alcocer, en quién encontramos un increíble sallo cualitativo cuando pasa a expresarse del castellano al catalán.

Salvat-Papasseit empieza a publicar sus primeros versos en catalán en el año 1916 y deja de escribir en castellano prácticamente cuando publica «Humo de fábrica».

La mayoría de artículos que se recogen en este libro aparecieron primero en el diario «Los Miserables», periódico que en un principio llevaba el subtítulo de «Leo de los que sufren hambre y justicia» y que cambió esta denominación por la de «Diario de extrema izquierda». Más tarde se llamó «Diario Republicano de extrema izquierda» y todavía «Periódico republicano independiente». El director de este diario era Fernando Pintado y la redacción y administración se encontraba en la calle de Aribau, 130, primero, segunda.

Como explica Lluís Capdevila en la biografía de Ángel Samblancat^[3], la redacción de «Los Miserables» la componían las siguientes personas: «Formaban la redacción de “Los Miserables” Platón Reig, que acaba de morir en el

hospital; Santos Muñoz, que murió, tísico, en la cárcel; Mateo Santos; el pobre Salvat-Papasseit, que entonces firmaba "Gorkiano"; Emili Aroles, Ángel Samblancat y yo. Recuerdo algo que a Samblancat le hacía mucha gracia: mis esfuerzos por presentarme al lector como un hombre terrible, como un enemigo de todas las leyes humanas y divinas. Y apenas era un hombre. Ni siquiera tenía pelo en la cara»[4].

Respecto a esta cita quisiéramos hacer algunas apreciaciones: por un lado la que se refiere a la redacción, por otro, a que Lluís Capdevila se define, en aquel momento, como un enemigo de todas las leyes humanas y divinas. Creemos que es muy significativo del tono creado por «Los Miserables» la aclaración que figura en algunos de sus números, por ejemplo, el del miércoles 21 de julio de 1915, en la página 2, donde, bajo el epígrafe «La redacción», podemos leer: «Componen la redacción de Los Miserables Fernando Pintado, Ángel Samblancat, Mateo Santos, Platón Reig, Gorkiano, Luis Capdevila, Rosendo Giménez, Joaquín Gach y Diego Ramón. Así lo advertimos para que nadie pueda ser sorprendido».

Pero por lo que respecta al tono especial de «Los Miserables», mezcla de increíble ingenuidad, de insospechada crueldad y de honestidad a toda prueba, encontraremos alguna referencia más en Lluís Capdevila, que nos lo aclarará un poco más:

«"Los Miserables" no tienen, creo yo, precedente en el mundo. No creo que nunca se haya publicado una hoja como aquella: Más generosa, más inflamada, más lírica, más ingenua, más pura. Ni las hojas de Marat, Proud'homme y Hebert durante la Revolución. El nombre de Samblancat nos unía como una bandera. Y con aquella bandera hubiéramos ganado todas las balallas»[5].

Hay que decir que Ángel Samblancat era el alma ideológica de «Los Miserables» e influyó, como más arriba hemos señalado, en todos los colaboradores de la revista.

La mayoría de los que escribían en «Los Miserables» era gente muy joven y casi todos ellos vivían en la más espantosa miseria. Sin tener en cuenta este importante elemento, tal vez, no se entendería el empuje iconoclastico y destructor que caracteriza a «Los Miserables». Como explica Lluís Capdevila en emocionadas palabras, la miseria llegaba a extremos increíbles: «Si hubiera sido valiente, en una hora de lucidez, me hubiera suicidado. Nadie puede imaginarse los sufrimientos y las miserias de aquella época. Pero el miedo me aferró a la vida. Ventajas de ser un cobarde»^[6]. «... Ahora en la calle hace frío o calor. Entonces recuerdo que hacía hambre, tanto en la calle como en todas partes. ¡Dios mío, cuánta miseria! ¡Y cuánta alegría! En aquel célebre bar conocí a los que después serían mis compañeros de “Los Miserables”, la hoja más loca y más generosa que se ha publicado en el mundo. Pintado, que nunca paraba de hablar y nos hacía comulgar con ruedas de molino; Salvat-Papasseit, que entraba con aire tímido y con miedo, y tenía por todo lo que le rodeaba una mirada de liebre; Platón Peig, natural de Sabadell, que silbaba a los curas, tomaba cocaína y escribía versos futuristas (?); Mateo Santos, recién llegado de La Mancha; Santos Muñoz, un joven de talento nada vulgar...»^[7].

Además de los redactores citados, escribían esporádica o regularmente en el periódico: Pablo Iglesias, Marcelino Domingo, Miguel de Unamuno, Alfonso Martínez Rizo, Vicente Blasco Ibáñez, Óscar Pérez Solís, José Nakens, Mariano Dumper, García Bruyel, Braulio Solsona, M. Guillen y Garzón, Emilio Eroles, Diego Ramón, José Pascual, Salvador Gombau, Enrique de Castilla, Margarita Barber, Jesús Ulled, Adolfo Marsillach, Salvador Goñi, Domingo Babia, Julio Milego, Santiago Valenti Camp, J. Costa Pomès, Julio Burrell, Francisco Carreño, Pablo M. Sánchez, Antonio J. Pajarero de los Ríos, Valentín de Pedro...

Los colaboradores más asiduos de «Los Miserables», y, en especial, Ángel Samblancat, se pasaban la vida entran-

do y saliendo de la cárcel debido a los artículos publicados en este periódico. Salvat-Papasseit también pasó por este trance y me parece muy revelador de lo dicho sobre el tono del diario y lo que representaba en su seno la juventud del poeta proletario, transcribir como «Los Miserables», en nota no firmada, el 7 de marzo de 1916, comenta, bajo el título «Gorkiano»: «Gorkiano ha sido condenado en juicio por jurados a dos meses y un día de prisión por un artículo publicado en “Los Miserables”. Esta ha sido la pedrada brutal que ha arrojado Cretino sobre el pobre niño. Él es un entusiasta que con la pureza de la infancia siente ansias redentoras y escribe. Ya aprenderá a vivir. Los pájaros en sus primeros días, son inexpertos y confiados. Pero luego, a fuerza de pedradas, aprenden todas nuestras picardías, las que van defendiendo nuestras vidas de gorriones viejos. ¡Pobre Gorkiano! Yo le contaba, para que se fuera acostumbrando, las impresiones que sentí cuantas veces me senté en el banquillo por haber escrito. Le contaba la ansiedad que se experimenta esperando el fallo del jurado. Yo confiaba en que lo absolvieran. No veía culpa en su escrito. Ángel Samblancat, más pesimista que yo, e inmensamente grande en su desprecio de las espinas de la vida, cuando él le contó *lo de su causa* le dijo: “Te condenarán”. Y se quedó tan tranquilo. Él se ha sentado innumerables veces en ése que acariciaron con sus posaderas criminales, innumerables rebeldes. Él sabe de la vejez de los fiscales, de la estulticia del hombre. Él recordaba que los jurados empezaban por jurar arrodillándose ante el evangelio. ¿Qué se puede esperar de esos señores? Por eso él dijo con naturalidad: “Te condenarán”. Lo han condenado. ¿Cuándo llegará el día santo en el que no sea delito el hablar y el escribir? ¿Qué le queda a la libertad del pensamiento, si para ser libre se ha de esconder meticulosamente en las circunvoluciones de la capa cortical? ¡Pobre Gorkiano! Mejor dicho. ¡Dichoso Gorkiano! Gorki, su maestro, también fue perseguido y condenado por escribir. Lo fue Miguel Servet, lo fue Galileo, lo

fue Savonarola. Nuestra mayor gloria, la nuestra de los personajes, es ésta. Es consagración de mártir. Nuestro martirio es un paso hacia un porvenir glorioso. ¡Adelante!»^[8].

Me parece conveniente recordar ahora que el prólogo que acompaña este manojito de artículos titulado «Humo de fábrica» está escrito en la cárcel de Barcelona en el mes de febrero de 1918. Dice Ángel Samblancat: «Escribo estas líneas en la cárcel. Un prólogo para "Humo de fábrica" había que escribirlo aquí, había de venir el autor a buscarlo a este establecimiento, a este inmenso hospital de almas, a este vasto almacén de angustias»^[9]. Posiblemente Samblancat tenía razón y también la tiene cuando dice que «el ala de fuego de un demonio, el ala de un ángel rebelado contra Dios ha tocado esta página. Este libro es un carbón rojo del infierno»^[10]. También lo califica de «libro sayón», que está compuesto por diversas glosas de la vida y que ha sido escrito por un discípulo de Gorki, «el padre de la actual Rusia de los bolcheviques».

Como puede ver el lector por todas estas citas y como puede comprobarlo en el prólogo que se transcribe al principio de este libro, el tono del prologuista es tan inflamado y desmesurado como lo será el utilizado por su pupilo. La ingenuidad es una de las constantes del libro y puede observarse que el autor vive en la contradicción que comporta el hecho de haber llegado al mundo de la cultura y de la política, sin ningún tipo de preparación tradicional o académica y que, sin embargo, poseía una información de la historia de su tiempo bastante amplia, algo no demasiado normal en los intelectuales de su tiempo. A medio camino entre un socialismo entendido de una manera mesiánica y un anarquismo sentido apasionadamente y vivido desde el ángulo más romántico, Salvat-Papasseit nos da una reflexión sobre la situación de España y expresa, de manera lúcida y casi me atrevería a decir algo alucinada, la miseria moral y material en que se encontraba inmerso el Estado

español en el momento en que fueron escritos sus artículos.

Salvat nos propone un análisis de una situación terrible. La situación hecha de crueldad y desesperación en que se encuentra un país que, en gran parte, muere de hambre, no conoce la madurez política ni el más mínimo de los respetos cívicos. Hay en toda la obra una especie de valiente reflexión frente a las lacras de unas colectividades que hacen que se aproxime a ciertos resultados críticos de la generación del 98. En cierto aspecto, Salvat-Papasseit, menospreciado y olvidado por sus compañeros «noucentistes», se halló más cómodo en unas posiciones modernistas, al encontrarse éstas mucho más cercanas al pueblo. Tal vez ahora sea conveniente recordar que en el modernismo o post-modernismo catalán destaca la gran figura de Joan Maragall, quien adopta actitudes equivalentes a la generación del 98 y no desde una perspectiva absolutamente catalana. Es innegable que Joan Maragall influyó en Salvat-Papasseit como poeta y nos atreveríamos a decir que marcó considerablemente su confusa y contradictoria ideología. Esta contradicción y confusión que alguno de los críticos de la obra de Salvat-Papasseit han observado ha sido hecha con una perspectiva actual. El socialismo en la época de Salvat-Papasseit no se encontraba, ideológicamente, como es natural, tan definido y concreto como podemos verlo hoy y, por otro lado, no habían existido experiencias políticas auténticamente socialistas. Nos atreveríamos a decir que existe una vocación socialista en Salvat-Papasseit clarísima y que se inclina, además, hacia una predisposición, casi natural, hacia el anarquismo y que, como es lógico, intenta convivir con su innegable procedencia cristiana y con las ideas de republicanismo federal y de tendencia a la revolución vigentes en el momento en que fueron escritos esos artículos.

Joaquim Molas, en un extraordinario artículo dedicado al poeta y que lleva como título «Joan Salvat-Papasseit y el

regeneracionismo», analiza con claridad la trayectoria ideológica de Salvat con estas palabras: «Hacia 1910 la despiadada demolición de los novecentistas obligó a los militantes del modernismo, un tanto desconcertados y con unas defensas político-culturales más bien escasas, a abandonar el campo o, en el mejor de los casos, a buscar refugio en los medios populares. Santiago Rusiñol, por ejemplo, dejó de publicar en las editoriales y revistas destinadas a la gente de cuello duro, y a lo largo de sus veinte últimos años trabajó de forma casi exclusiva para un editor, Antoni López, especializado en publicaciones de tipo mayoritario. Así, mientras Ors dictaba con éxito sus consignas y Carner producía verdaderas filigranas líricas, las masas populares unieron la más estricta tradición del ochocientos con la modernista y, pues, mezclaron la novela por entregas o la novela naturalista con las poéticas de base visionaria o decadente y la crítica de tipo regeneracionista. Salvat-Papasseit, nacido y formado en la Barceloneta, inició su carrera de articulista entre esta suma de modelos en descomposición. En efecto: sus primeros escritos aparecieron en diversas hojas periódicas destinadas a un público obrero, y pronto fueron reunidos en dos volúmenes de muy desigual extensión: las "Glosas de un socialista" (Sabadell, s.a.) y "Humo de fábrica" (Barcelona, 1918). En un principio, la palabra "glosa" podría hacer pensar en una relación de Salvat con el "noucentisme"; ahora bien, la elección del pseudónimo "Gorkiano" y el sistema de referencias, que va desde Victor Hugo, Tolstoi y Nietzsche hasta Pi y Margall y Joaquín Costa, sitúan a los dos libros dentro del ámbito del modernismo crítico. En conjunto los artículos elaborados con una retórica agresiva y llena de tópicos constituyen una crítica contundente y a menudo primaria de la situación española y, a la vez, una propuesta más o menos coherente de alternativas válidas. Para Ángel Samblancat son "un carbón rojo del infierno". "El ala de fuego de un demonio —añade— el ala de un ángel rebelado contra Dios ha tocado estas pági-

nas". "Son trabajos escritos contra la sociedad capitalista y los grandes defectos de esta España tan pobre y tan enferma", dice el mismo Salvat en el epílogo del segundo libro. "Sin duda son violentos: toda mi adolescencia se encuentra en estas páginas que ha pasado al lector. Son la rosa de fuego, son el clavel de sangre de mi espíritu". De hecho, desarrollan con poca originalidad las ideas maestras del regeneracionismo ilustrado del XIX: Costa, Macías Picavea, Ramón y Cajal o, más modernamente, Unamuno, el primer Maeztu o el primer Azorín y, en tierras catalanas, Valentí Almirall, Pompeu Gener y Jaume Brossa»^[11].

Habría que añadir a los nombres señalados por Joaquim Molas la admiración que sentía por Nietzsche, Ibsen, Nakens, Pérez Galdós, Tolstoi, Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg y Federico Adler, etc. No hay que olvidar que los tres maestros de Àngel Samblancat habían sido Joaquín Costa, José Nakens y Luis Benafoux y que, como era lógico, Salvat-Papasseit recogería la admiración de su mentor hacia estas personalidades. Conviene recordar que en el mes de marzo de 1917 Salvat-Papasseit empezó a dirigir «Un enemigo del poblé»^[12], «hoja de subversión espiritual», en donde aparecen unas semblanzas que recogían las admiraciones que sentía Salvat-Papasseit hacia algunos intelectuales de su tiempo. No es de extrañar, pues, que la primera esté dedicada a Alexis Maximovich Pieschkof (Máximo Gorki), por quien sentía tanta admiración que incluso le dedicó su seudónimo, y que, más tarde, aparecieran los nombres de Karl Liebknecht, Maurice Maeterlinck, y Romain Rolland. Merece la pena recordar que también aparece la semblanza de Juan Belmonte, llamado «Terremoto», uno de los grandes odios de Salvat-Papasseit, acérrimo enemigo del flamenquismo y de las corridas de toros. Sólo de paso hay que recordar la influencia de Eugenio Noel sobre Salvat-Papasseit en este aspecto.

En la «Hoja de subversión espiritual» encontramos todas sus admiraciones y todos sus odios.

Por lo que respecta a la semblanza de personalidades relacionadas con la cultura catalana sólo hallamos la de Torres García, en el número 4, y la del propio Salvat-Papasseit, en el número 7. Vamos ahora a transcribir esta última, por lo que comporta de apasionado autorretrato: «Yo mismo me he puesto en esta sección, en donde irán apareciendo los mejores y los más nuevos jóvenes de ahora. No soy, pues, modesto. Estoy enamorado de estos ojos míos, pequeños, pero profundos, porque miran a lo lejos, y de esta frente tan alta, que lo es porque piensa. No ando por los otros y no muevo los pies si no es por avanzar y pisar algo. Amo a los insurgentes más que a los conformistas y oprimidos. Procesado y llevado al banquillo de los acusados por una noble causa, he sido condenado por un jurado de indoctos y un tribunal de viejos. Ahora estoy contra éstos y la llamada Justicia. Y no soy un programa sino una realidad, una forma tangible primero, no una imagen. No quiero agradecer nada a los que han ido conmigo, porque no he tenido maestro. No prometo nada. Sólo camino. No sé lo que me propongo. Tener un propósito no es trabajar. Vale más ser audaz. Ahora sólo hago caso de las cosas eternas por encima de las luchas materiales. Me he dado cuenta de que soy una parte de Dios y así me pertenece cualquier cosa creada. Todo el que mira hacia arriba es una parte de Dios. Únicamente existe una ambición llena de grandeza: la de querer ir siempre a la vanguardia entre los inteligentes y entre los audaces. Me encuentro, pues, poseído por esta ambición. No quiero alistarme bajo ninguna bandera. Son el verdadero distintivo de las grandes opresiones. Incluso el Socialismo es una nueva forma de opresión, porque es un estado nuevo seguidor del Estado. Seré ahora el glosador de la divina Acracia, de la imposible Acracia en la vida de los hombres que no sienten deseo de una Era mejor. Hay jóvenes de veinte años que parecen tener se-